



28 días

M^a Ángeles Almacellas
Escuela de Pensamiento y Creatividad

Título original: *28days*
Nacionalidad: EE.UU.
Año: 2000
Dirección: Betty Thomas
Intérpretes: Sandra Bullock, Viggo Mortensen.
Guión: Susana Grant
Producción: Columbia Pictures Industries
Duración: 100 min.
Edad: Adolescentes/Jóvenes, no menores de 14 años.

Valores que aparecen en la película:

- Amistad
- Generosidad
- Humildad
- Esfuerzo
- Tenacidad
- Solidaridad

Contenido formativo

- Los dos niveles más elementales de realidad en la que se mueve el ser humano son:
 - a) el *nivel 1*, el de los meros objetos, que implica una actitud egoísta atendida exclusivamente a lo inmediato, lo útil y placentero;
 - b) el *nivel 2*, el de la creatividad, que supone una apertura generosa al entorno, y la capacidad de ostentar señorío sobre las presiones externas y las pulsiones internas.
- Desarrollo lógico de los procesos humanos básicos:
 - a) consecuencias de adoptar actitudes de vértigo, propias del *nivel 1*;

b) frutos que reporta elevarse al nivel de la creatividad (*nivel 2*).

- El verdadero amigo no es el “compañero de vértigos”, sino el que se esfuerza por promocionarte, elevarte a un nivel superior.
- El que ama de verdad no pretende, ante todo, pasarlo bien en común, sino que busca generosamente el bien del ser amado.

Argumento

Gwen Cummings es una joven y hermosa escritora que lleva una vida desenfadada con su novio Jaspers, entregado al vértigo igual que ella. El día de la boda de su única hermana, Gwen sufre un accidente al conducir en estado de embriaguez y es obligada a entrar en un centro de rehabilitación por orden judicial. Allí va a tener que convivir con un grupo de personas, víctimas, como ella, de la entrega a distintos vértigos –alcohol, drogas, sexo...-. Al principio se rebela contra la situación e intenta, por todos los medios, eludir la disciplina del Centro, hasta que, finalmente, se replantea toda su vida y sus relaciones, especialmente con su novio y compañero de diversiones y excesos.

Experiencias humanas profundas

Poder destructivo del proceso de entrega al vértigo de la embriaguez

La infancia de Gwen marcó inexorablemente su vida. Careció de un ámbito cálido y equilibrado de acogimiento, por la presencia de una madre alcohólica y la falta de la figura del padre, que convirtieron la vida familiar en un infierno. Esto la hizo especialmente vulnerable y la predispuso a dejarse arrastrar por la fascinación de sensaciones eufóricas, como el alcohol o las drogas.

En la película, Gwen aparece como una hermosa y alocada joven, entregada a todo tipo de excesos y aparentemente feliz. Su vida se mueve exclusivamente en el nivel 1, y su principal objetivo es tratar de resolver las situaciones de la forma más rápida y agradable posible. Para ello utiliza todas las realidades a su alcance, ya sean objetos –como el alcohol o las drogas, que le producen una sensación de bienestar– ya sean incluso personas –su novio, con el que comparte sus adicciones, o su hermana, de cuya apacible vida se burla cruelmente, pero a la que recurre cuando está en apuros–.

La vida de Gwen es el paradigma exacto de un proceso de destrucción personal. A partir de unas causas más o menos reales y dramáticas (una infancia desgraciada que no propicia una adecuada maduración personal), busca sensaciones intensas que le den la falsa ilusión de una vida llena. El alcohol le produce la euforia que necesita para aturdirse y “divertirse”, no en el sentido sano de “entretenerse” sino

en el del étimo latino “divertĕre”, ‘llevar por varios lados’, ‘desviar’. Pero esta actitud es contraria a la naturaleza misma del ser humano, que está llamado a vivir, no “fragmentado” y “desviado”, sino centrado y orientado hacia la realización de relaciones fecundas con su entorno.

La primera consecuencia de la entrega a un proceso de vértigo es la tristeza, el malestar interior que surge cuando pasa el efecto de la euforia y uno se siente “desajustado”, “desencajado” de la figura de hombre que está llamado a realizar. En la película, dicha tristeza está simbolizada en el desagrado que le produce a Gwen tener que internarse en el Centro de desintoxicación. En su irresponsabilidad, no asume la gravedad de los hechos, ni, por supuesto, el deterioro de su vida y el mal que está causando a su alrededor. Su ceguera se refleja en una frase que es frecuente entre personas que, como ella, necesitan del alcohol para vencer sus inseguridades personales –soledad, timidez, complejos...–: “Yo controlo”. Pero, en el fondo, aunque no quiera reconocerlo, sabe que ella no es la dueña de su vida. Es libre para beber o drogarse, pero, una vez que ha empezado a consumir –que se ha entregado al proceso de vértigo–, ya no tiene capacidad de control, los acontecimientos se precipitan y la arrollan irremisiblemente, porque todo proceso humano tiene una lógica interna implacable. Sin embargo, ella sigue siendo responsable de sus actos, ya que proceden de una primera decisión libre por su parte.

Hay una escena que expresa perfectamente la insensatez del “Yo controlo” de Gwen. Desde la ventana de su habitación mide las distancias entre el árbol y el suelo para ir a recuperar las pastillas. En realidad “no controla”, cae bruscamente y se rompe una pierna, lo cual va a impedirle moverse con libertad y a provocarle fuertes dolores que nada le puede calmar. Sucede aquí lo mismo que en la vida diaria: el que se entrega a un vértigo piensa ilusamente que es dueño de la situación cuando, en realidad, va a perder su libertad y causarse un daño irreparable.

El proceso de fascinación o vértigo parte de la actitud egoísta del hombre que tiende a ver las realidades de su entorno como “objetos” útiles para satisfacer sus propios deseos. No entiende que las distintas fuentes de energía existentes en el ser humano –las físicas y las espirituales– deben ser integradas para poder actuar de forma creativa. Las energías instintivas, cuando actúan aisladamente, no dejan al final más que angustia y desesperación. Entregarse a un vértigo puede dar la falsa ilusión de actuar a velas desplegadas, en plena libertad y con total autonomía, pero, en realidad, acaba disolviendo la personalidad del hombre porque no le permite fundar auténticas relaciones de encuentro. Con ello, lo condena a una situación de sinsentido y absurdo.

El desarrollo de un proceso de destrucción personal y sus consecuencias aparecen claramente en Gwen. Primero, se entrega exaltada a un mundo de sensaciones que la embriagan e incluso le llegan a producir la falsa impresión de que

ha vencido su soledad interior, pero que, al diluirse, le dejan una amarga sensación de tristeza e insatisfacción, e incrementan el ansia de nuevas sensaciones más intensas. La realidad conflictiva, que temporalmente ha tenido la quimérica ilusión de haber dominado, se yergue abismal e insondable ante Gwen, cada vez más débil y frágil. Los recuerdos que la atormentan simbolizan esta batalla que ha perdido de antemano porque, como le dice el director del Centro, ella sólo busca “lo agradable inmediato”, que es siempre efímero y acaba sumiéndola en total soledad. Para evitar este desamparo, se lanza desesperadamente en busca de nuevas realidades fascinantes. Sin embargo, esta carrera alocada no hace más que empobrecer al máximo todos los aspectos de su vida. Su profundo vacío interior le provoca vértigo, la terrible angustia de ver bloqueadas todas las puertas de su desarrollo personal. A esto se refiere Gwen cuando, temblando y llorando, pide ayuda porque “sabe que se va a morir”. En este caso, morir significa, más que el final de la vida física, la total destrucción personal, que es la última consecuencia del proceso de vértigo. Ante ella no queda más que la destrucción total y definitiva.

Los vértigos se provocan y solapan entre sí

La búsqueda infructuosa de soluciones o gratificaciones inmediatas a base de estados de euforia hace que el hombre de vértigo necesite buscar sensaciones cada vez más intensas y engañosas. Esto supone que un vértigo engendra inexorablemente otro vértigo, en una sucesión macabra que envuelve y destruye cuanto está en su radio de acción.

En el Centro de desintoxicación, Gwen experimenta en sí misma y en sus compañeros la interdependencia de las adicciones: las pastillas acompañan el consumo de alcohol; el adicto al sexo se emborracha; a falta de bebida, busca desesperadamente el tabaco... Así el “yo controlo” aparece totalmente falso, porque entregarse a un proceso de vértigo es lanzarse por una peligrosísima pendiente que conduce al aniquilamiento personal.

Los problemas vitales se solucionan por vía de elevación

El vértigo parte de una actitud de egoísmo, mientras que el proceso contrario, el de apertura al encuentro, arranca de una disposición a la generosidad. Por consiguiente, para superar las consecuencias del vértigo se requiere cambiar radicalmente de actitud, tener el coraje de elevarse del nivel 1, el de lo inmediatamente útil y agradable, al nivel 2, el del encuentro y la creatividad. El médico que sigue el proceso de desintoxicación aborrece a Gwen porque entorpece la marcha del Centro. Se esfuerza en realizar bien las terapias para poder dejar el alcohol, pero continúa replegado en su egoísmo; piensa sólo en sí mismo, en su curación, y no le importa lo que les suceda a los demás. Sigue en el nivel 1 y, por tanto, no está en vías de superar su situación. En la historia, esto queda expresado en el hecho de que, poco

después de salir del Centro, regresa porque ha vuelto a caer. Hacía esfuerzos por superar su adicción, pero no se elevaba de nivel, no modificaba su actitud egoísta y, por tanto, estaba lejos de la curación. Lo mismo sucede con su compañera de habitación, que está en la estación final de la entrega a un proceso de destrucción personal. Esto significa su muerte, que tiene una importancia definitiva en la regeneración de la periodista. Gwen comprende, por fin, que la lógica interna de un proceso de vértigo es inexorable, derrumba y destruye a la persona. La única forma de vencer su ímpetu arrollador consiste en elevarse espiritualmente de nivel. La joven heroinómana quiso combatir el vértigo como si fuera una enfermedad del cuerpo – ingresaba en el Centro y seguía las terapias–, pero sin ese esfuerzo por buscar el sentido de la vida que es propio de niveles superiores.

El formador indica a los pacientes tres etapas que deben superar antes de poder considerarse completamente curados: primero, cuidar de un ser que no tiene poder de iniciativa y no puede darles nada a cambio ni pueden sacar ningún provecho de él: una planta. A continuación, cuidar a un animal, que está subordinado a su instinto y sólo puede brindarles un cierto tipo de compañía. Sólo si ambas pruebas han sido superadas, podrán iniciar un encuentro interhumano. Es decir, cuando hayan aprendido a tratar las realidades con respeto y generosidad, sin esperar nada a cambio, estarán curados y en condiciones de realizar encuentros de amistad y amor. También a esto hace referencia el ejercicio de levantar la pata al caballo: no es una cuestión de fuerza y decisión personal, sino que implica salir de sí, hacerse entender por el otro y establecer con él un diálogo; pedir humildemente ayuda y saber agradecerla. Pero el joven homosexual malinterpreta esa lección. Para él, la meta final de las etapas de superación no es haber crecido espiritualmente para ser capaz de establecer encuentros humanos valiosos y, por tanto, propios del nivel 2, sino meras relaciones agradables y placenteras, sin compromiso personal. Es decir, se sigue moviendo en el nivel 1 y, aunque no consume alcohol, permanece en su actitud egoísta, replegado sobre sí mismo, entregado a sus apetencias más bajas. Llora y se desespera, pero no se decide a cambiar su vida insensata; por tanto, no deja de ser un hombre de vértigo y, en consecuencia, tampoco para él hay salvación –su planta no sobrevive–.

El verdadero amigo no es el “compañero de vértigos” sino el que se esfuerza por promocionarte, elevarte a un nivel superior

Gwen y su novio Jaspers se mueven exclusivamente en el nivel 1. Están “enamorados” el uno del otro, en el sentido de que se atraen y se necesitan mutuamente para seguir experimentando las sensaciones euforizantes que tanto desean. Gwen escribe a su novio para expresarle su desagrado por estar en el Centro y pedirle que le proporcione “pastillas” para sobrellevarlo, y él, lejos de pensar en la curación de la chica, se apresura a llevarle la droga. Son “compañeros” de vértigo, pero no son propiamente amigos ni se aman de verdad. El auténtico amigo es

el que ayuda a crecer como persona, a elevarse de nivel. En su caso, supondría la voluntad y el esfuerzo de participar activa y comprometidamente en la rehabilitación de Gwen. Por el contrario, Jaspers colabora a que su novia se deje fascinar por las falsas promesas de felicidad propias del nivel 1.

Cuando cae del árbol, Eddie la recoge y la ayuda. También él sufre las consecuencias de la entrega a un vértigo –sexo y alcohol–, pero lucha denodadamente por superarlo y, a pesar de sus caídas, tiene una actitud creativa. Por eso, a pesar de su fragilidad e inestabilidad, puede ofrecer a Gwen una amistad sincera, que le va a ser de gran ayuda. Esta relación generosa queda patente en el hecho de que él, totalmente borracho, va voluntariamente a ingresar en el Centro y, al llegar, encuentra a Gwen caída, sola y herida, la coge en brazos y la lleva adentro. Jaspers, el compañero de juergas, colaboró en su caída proporcionándole la droga. Eddie, el amigo, la orienta hacia su curación.

Jaspers llega incluso a pedirle que se case con él, pero no para vivir un amor mutuo oblativo y profundo, sino para seguir compartiendo la misma existencia vacía y descontrolada. Frente a una Gwen que empieza a sentir nostalgia de una vida llena de sentido y está dispuesta a romper con todo lo anterior (esto significa el champagne que vierte en el lago), Jaspers aparece desgarradamente anclado en el absurdo del nivel 1. El hombre entregado al vértigo no vive con esperanza, tan sólo espera la gratificación inmediata, deseando que sea intensa porque ya sabe que, forzosamente, va a ser efímera.

Jaspers no ama a Gwen, la necesita como él mismo le dice en el lago. No es una necesidad que sea fruto del amor auténtico, que anhela la presencia del ser amado para seguirle amando en una relación fecunda y generosa. La necesidad de la que habla Jaspers es utilitarista y manipuladora, aunque esté envuelta en ternura y en dulces palabras de enamorado.

Las distintas actitudes de ambos jóvenes se enfrentan al final de la película, cuando él quiere seguir con los amigos de siempre –aunque sea tomando agua–, es decir, está dispuesto a pequeñas renunciaciones con tal de permanecer en el nivel de las sensaciones vivas y las gratificaciones inmediatas. Gwen, por su parte, desea más que nada elevarse al nivel del encuentro y la creatividad, abrirse a los otros y llenar su vida de sentido. Esto es lo que expresa su interés por levantar la pata del caballo, y el abrazo emocionado, en la floristería, a su antiguo compañero, desvalido y necesitado de ayuda.

Valoración de la película

El proceso de destrucción personal causada por las adicciones y las enormes dificultades para salir de él quedan de manifiesto en la historia de Gwen Cummings, joven periodista de éxito, adicta al alcohol, al tabaco y las “pastillas”. Al contemplar la historia de la joven alcohólica, los adolescentes comprueban a dónde les pueden llevar sus propias actitudes de jóvenes despreocupados. Realizar personalmente esta experiencia a través de la trama de la película tiene un extraordinario valor formativo para ellos, pues les hace replantear su irreflexión y su gregarismo cuando beben o se drogan por la presión del grupo y del ambiente general, sin pararse a medir las consecuencias de sus actos. De este modo, la película supone una “catarsis” para ellos, mucho más eficaz que todas las advertencias y los consejos que podemos darles los educadores.

Por otra parte, la relación de la protagonista con el novio les da también qué pensar a propósito de la diferencia entre el amor sincero y abnegado y las relaciones interesadas en las que, bajo capa de ternura, no se busca más que saciar unos instintos o llenar absurdamente un tiempo vacío de sentido.

Sugerencias para la reflexión y el diálogo

- *¿Por qué, cuando Jaspers le pide que se case con él, Gwen tira el champagne al agua y le dice que quiere vivir? ¿A qué se refiere?*

Gwen y Jaspers llevaban una vida loca de fiestas, juergas y diversiones. Ambos estaban inmersos en un proceso de vértigo, cuya estación término es la destrucción personal. Pero ellos no se paraban a pensar en las consecuencias de su vida desenfundada. Las “resacas” –los momentos bajos– las eludían con sensaciones vivas de sexo, alcohol y drogas. El accidente de Gwen y la consiguiente orden judicial de internamiento fue, para ellos, una simple contrariedad, un paréntesis incómodo en su vida. Pero Gwen se asusta y empieza a reflexionar sobre sí misma. A través de las experiencias de sus compañeros internos descubre las inexorables consecuencias de un proceso de vértigo, así como la necesidad de ayudarse mutuamente y el valor de la amistad. Comprende que la relación con Jaspers no es de verdadero amor, porque el amor busca siempre el bien del amado, y para él, el único interés es seguir pasándolo bien, sin pararse en ningún momento a considerar las consecuencias de su vida loca.

Cuando ingresa en el Centro, Gwen se mueve exclusivamente en el nivel 1. Después de su dura experiencia, le dice a Jaspers que “quiere vivir”, que desea superar sus vértigos y elevarse al nivel 2 para llenar su vida de sentido. Él se sigue

moviendo en el nivel 1, y, por ello, es incapaz de comprender los sentimientos de Gwen.

- El responsable del Centro le dice que ella sólo busca lo agradable inmediato. ¿Qué quiere decir?

Gwen empezó a beber y a “colocarse”, como hacen tantas personas por problemas personales que no se atreven a afrontar. En su caso, era una infancia triste, sin padre y con una madre alcoholizada. Para otros puede ser la curiosidad de sensaciones nuevas y desconocidas, el hacerse aceptar por el grupo, las presiones de los compañeros, los complejos de inferioridad... De este modo, los problemas no se solucionan, se acallan durante los momentos en que dura la euforia para reaparecer después más avivados. A esto respondían las pesadillas de Gwen, que la empujaban a seguir evadiéndose con más sensaciones vivas. Lo sensato hubiera sido lo que hace al final: aceptarse a sí misma con sus limitaciones e intentar superarse, esforzarse por madurar como persona abriéndose a la relación fecunda con los demás, colaborando y aceptando ayuda.

- Al principio, Gwen afirma muy segura “Yo controlo”, pero al cabo de poco tiempo pide ayuda al responsable del Centro porque cree que, si no la ayudan a cambiar la orientación de su vida, se va a morir. Si “controlaba”, ¿por qué debe ahora pedir ayuda?

Entregarse a experiencias de vértigo es extremadamente peligroso porque produce sensaciones engañosas de seguridad. La persona que ha ingerido alcohol y se pone al volante de su vehículo tiene la impresión de que sus facultades están a tope, aunque las tiene enormemente mermadas. La inconsciencia primero y la euforia después le hacen sentirse dueño de la situación, cuando, en realidad, sólo es sujeto pasivo de una realidad destructiva que le desborda. Lo mismo sucede con el joven que sale con sus amigos a beber y asegura muy ufano “Yo controlo”, refiriéndose a que va a parar antes de estar totalmente borracho. Como Gwen, no se da cuenta de lo insensato de su afirmación, porque se ha entregado absurdamente a una realidad nociva que lo supera. El carácter silente del proceso destructivo en sus comienzos favorece el ingenuo “Yo controlo”. Afortunadamente, Gwen salió del ámbito que le favorecía su entrega al vértigo –la compañía de Jaspers y sus amigos– y se encontró con personas desvalidas y necesitadas de ayuda, pero abiertas al encuentro personal. Entonces comprendió la profunda soledad interior en que había vivido hasta ese momento y decidió cambiar de actitud. Con enorme esfuerzo abandonó el proceso de vértigo y con todas sus fuerzas se abrió al encuentro generoso. Ésta fue su salvación.

(Educar con el Cine, EIUNSA, Madrid, 2004, pp. 194-203)